

PRESENTACIÓN

Con este número, *Mesoamérica* concluye 21 años de existencia durante los cuales se ha esmerado en llenar un vacío específico en la historiografía de Latinoamérica. La revista ha concentrado su atención en las tierras y pueblos de la región comprendida entre México y Panamá. Sigue cumpliendo su misión al llegar a aproximadamente cuarenta países y al ofrecer a un público internacional los resultados de las investigaciones que un número importante de académicos realiza dentro de las ciencias sociales y humanidades.

Pensamos que la vitalidad del esfuerzo de investigación depende de la infusión necesaria de ideas y enfoques nuevos, aquellos que desafían el pensar tradicional y que sugieren maneras innovadoras de seguir avanzando. Creemos que estos rasgos se evidencian en las páginas siguientes.

Iniciamos con las aportaciones de seis investigadores, entre ellos cuatro mujeres, que acaban de obtener sus doctorados o están a punto de lograrlo. El trabajo de Ruud van Akkeren examina el famoso baile-drama de *Rab'inal Achi* y documenta el dominio poderoso que la familia Tzuyen tuvo en cuanto al mantenimiento y a la ejecución del ritual. Los Tzuyen se habían convertido en un linaje importante durante la época colonial y reemplazaron a la familia Toj, cuyo control privilegiado del baile-drama databa de los tiempos prehispánicos. El trabajo de van Akkeren combina el análisis cultural con investigaciones de archivos, lo que resulta en un ejemplo modelo de etnohistoria. Lo mismo caracteriza a la reconstrucción de Laura Matthew sobre lo acaecido a un grupo de soldados indígenas, originarios de México, que llegaron a Guatemala a principios del siglo XVI como miembros auxiliares de la fuerza de conquista e invasión española. En vez de regresar a México al término de las guerras de conquista, estos soldados decidieron permanecer en Guatemala y se asentaron en diferentes barrios de la capital colonial de Santiago de Guatemala o en las cercana Ciudad Vieja. Ahí se casaron y echaron raíces, lo que resultó en el surgimiento de un grupo conocido como "los mexicanos", en sí distinto étnicamente de aquellos que los rodeaban. El ha-

blar náhuatl, afirma Matthew, ayudó a mantener su identidad mexicana hasta el siglo XIX, cuando el idioma cayó eventualmente en desuso. Posteriormente a esta gente se le acuñó el término de “ladinos” o asumió la condición de tales.

José Manuel Pérez Santos cambia el enfoque de discusión de los asuntos de etnicidad e identidad a realidades económicas y políticas. Lo hace con su estudio de las tensiones que se dieron en el siglo XVIII entre la Audiencia de Guatemala y el Cabildo de Santiago. A la primera se le encomendó un amplio mandato real para gobernar toda Centroamérica, desde Chiapas hasta Costa Rica, mientras que al segundo le incumbían los intereses de la ciudad capital y de la élite de las familias de influencia. La manera en que las reformas borbónicas se ejecutaron, dice Santos Pérez, dio origen a los puntos álgidos de las disputas y a los desacuerdos.

Con la contribución de Claudia García viajamos hacia el sureste, lejos de la sede de la Audiencia y del Cabildo en Santiago, a la región de la Mosquitia, donde prevalecía un medio social muy diferente. García arguye que el papel de las mujeres en los asuntos autóctonos cambió después de que los miskitu formalizaron políticamente su relación con la Gran Bretaña en 1687, cuando las guerras intertribales dieron lugar a la captura de mujeres y a la subsiguiente incorporación de la mismas como “esposas” dentro de grupos dominados por hombres.

De ahí nos trasladamos hacia el norte, a la ciudad de Puebla de los Ángeles en el México central. Sobre esta ciudad nos habla Margaret Connors McQuade, al referirse a la larga tradición cerámica de la talavera poblana. Concluimos esta sección con el artículo de Jordana Dym respecto a tres viajeros británicos del siglo XIX, cuyos informes de Centroamérica entre 1825 y 1845 nos dicen tanto sobre su mentalidad europea como sobre lo que sus ojos vieron y sus intelectos captaron.

Dentro de la sección de reseñas, T. David Mason nos recuerda que se escribió más sobre Centroamérica durante las crisis políticas de las décadas de 1970 y 1980 que durante cualquier otra coyuntura histórica de la región. También nos recuerda que la mayoría de esos escritos tuvo validez durante poco tiempo. Fueron tan efímeros como el periodo de atención de los inconstantes medios informativos estadounidenses, responsables de la creación de la mayor parte de tales escritos. Esperamos que las diez contribuciones que Mason analiza sean más duraderas. Concluyen esta sección otras 18 reseñas sobre etnohistoria, la historia política de los siglos XIX y XX y temas guatemaltecos.

Cerramos este número con una evaluación del legado académico de Woodrow W. Borah, miembro distinguido de la Escuela de Berkeley, cuyos esfuerzos de carácter colectivo que datan de principios de la década de 1920

revolucionaron el estudio de Latinoamérica en el mundo de habla inglesa. En realidad, la muerte de Borah —aunada a las de otros cuatro grandes de Berkeley, Carl O. Sauer, Sherburne F. Cook, Lesley B. Simpson y James J. Parsons— marca el fin de una era. Bien podríamos imaginar su aprobación de iniciativas como la del Centro de Estudios y Documentación de la Frontera Occidental de Guatemala, de reciente fundación en Huehuetenango y que mencionamos al final. Por las actividades que ya realiza y al establecerse en una periferia mesoamericana en vez de la ciudad capital, el CEDGOG representa un intento de descentralización encausado a favorecer las regiones que, desde tiempos inmemoriales, han sido marginadas respecto al saber y a otros recursos claves.

ARMANDO J. ALFONZO UTRILLA
Plumsock Mesoamerican Studies
Vermont, EE.UU.

W. GEORGE LOVELL
Queen's University
Ontario, Canadá